

Un día para recordar

Texto y fotografía: Marta Vives Alarcón¹

Ella se encontraba en su acostumbrado banco. Los pensamientos bailaban en su cabeza. Una y otra vez llegaba a su mente la escena de ese día para recordar.

Qué hubiese pasado si, en vez del traje rojo que su madre le regaló, hubiera usado el gris, que era más discreto. Muy seguramente no se habrían desencadenado esos acontecimientos que aún hoy, muchos meses después, siguen tan fijos en su memoria como si hubiesen ocurrido hace unos instantes.

Ya los rayos del sol hacían su curva acostumbrada, que le permitía seguir disfrutando un rato más de la suave brisa y el hermoso paisaje. Pero, en vez de que esa escena la tranquilizara, siguió golpeando su mente con lo que debió afrontar al final de ese día: ¿pero fue tan grave?, ¿qué culpa tengo de que mi mano no soportara ese peso...?

Sin embargo, se siguió martirizando porque recordaba los reclamos airados de esa señora de caballera ondulada y de rostro enmarcado en los lentes plateados, que le repetía una y otra vez: ¿qué fue lo que hiciste?, ¿cómo se te ocurrió hacer eso?

Los gritos de la señora fueron tan estridentes que superaron la melodía que había comenzado a sonar e invitaba a más de uno a bailar.

Una pelota toca su zapato y la saca de su mundo. Al mirar al suelo ve la mirada de un pequeño que, con gesto impotente, le dice en tono bajo, *lo siento*.



A mi ángel del cielo, quien es mi inspiración.

Fuente: Fotografía de Marta Vives Alarcón

Ve irse al pequeño, pero casi inmediatamente regresa a su angustia y se pregunta por qué ese hecho tan insignificante la ha dejado tan perturbada, hasta el punto de que olvidó las razones por las cuales se encontraba esa tarde en ese banco.

Pero, siguió meditando, luego de que todos se dieron cuenta de su descuido, vinieron los peores momentos de su vida, rostros que con su mirada la señalaban, que decían “¡es inaudito!, ¿quién es esa mujer que osa cometer semejante afrenta a la anfitriona?”

No tuvo más remedio que callar y darse cuenta de que el vestido gris era el ideal porque nadie hubiera notado que dejó derramar el último poquito de ese delicioso ponche, preparado por la dueña de la fiesta y que había guardado muy celosamente para el invitado especial.

Dejó a un lado sus pensamientos y su rostro brilló al recordar que faltaban pocos minutos para encontrarse con el hombre que sería su esposo en unos días: el invitado especial que nunca pudo probar el ponche que ella derramó esa noche. ■■■

1. Comunicadora social-periodista, especialista en Comunicación Estratégica y Gerencia de la Comunicación Organizacional. E-mail: mvives@unimagdalena.edu.co.